

Proyectos y actividades del CRYF
Discurso del Profesor don Héctor Mancini,
Director del Grupo de Investigación Ciencia, Razón y Fe (CRYF)
Pronunciado en el acto *in memoriam* del Profesor Mariano Artigas
el 23 de noviembre de 2007

¿Qué es el CRYF?

Sintéticamente: el CRYF es una obra iniciada por Don Mariano Artigas y un grupo de profesores de la Universidad de Navarra, para intentar armonizar los saberes científicos y los contenidos de la fe católica.

Leemos en su página web¹: “El *Grupo de Investigación* sobre Ciencia, Razón y Fe (CRYF) se ha constituido en la Universidad de Navarra con el objeto de *promover el estudio interdisciplinar de cuestiones en las que se entrecruzan* las áreas de *ciencias, filosofía y teología*”. Todos sabemos que cada una de las disciplinas involucradas es una tarea de especialistas y que su dominio, suponiendo el talento necesario, sólo se logra tras muchos años de estudio e investigación.

Por ello cabe preguntarse si sentar en una misma mesa a científicos, filósofos y teólogos que tienen métodos y objetivos tan distintos, lleva a una armonización de sus saberes o son incompatibles.

¿Se produce en esa reunión una confusión de los lenguajes, como narra la escritura en el episodio de la Torre de Babel? ¿O por el contrario, como en Pentecostés, su interacción conduce a un meta-lenguaje, con el cuál todos podemos entender el mismo mensaje sobre Dios, el Hombre y la Naturaleza?

Todas las situaciones son posibles entre estos dos extremos. Pero la mera existencia del CRYF, hace pensar que Don Mariano y los demás fundadores del grupo creían al menos en la posibilidad de encontrar un espacio común.

Se debe reconocer sin embargo, que el objetivo buscado es tan grande y complejo, que a primera vista parece una utopía destinada al fracaso. Si se piensa sólo en las dificultades que existen para lograr el ecumenismo religioso, nos podemos hacer una idea de la magnitud del problema cuando se agregan las perspectivas científicas y filosóficas.

Sin embargo, la búsqueda de esa armonía fue una tarea permanente en la historia del pensamiento humano. Fundamentalmente, porque a todos nos resulta difícil mantener al mismo tiempo, perspectivas contradictorias sobre la misma realidad.

El CRYF con su trabajo, intenta alcanzar esa armonía en ciertos temas que son de interés de sus integrantes y transmitir sus conclusiones por medio de publicaciones, cursos, conferencias y el mantenimiento de una página web (que muy pronto llegará al primer millón de visitantes). Se sostiene económicamente gracias a un proyecto de la Fundación Templeton y a otro proyecto (PIUNA) de la Universidad de Navarra.

¿Cómo se llegó a fundar el CRYF?

La presencia de Don Mariano Artigas es clave en su fundación. Si analizamos su vida intelectual, vemos que fue un esfuerzo permanente dedicado a buscar cómo lograr esa armonía de saberes. Su vocación lo llevó a realizar un doctorado en cada una de espe-

¹ <http://www.unav.es/cryf>

cialidades involucradas, y si agregamos su condición de sacerdote, podemos afirmar que Dios puso en sola cabeza humana, probablemente la mayor dosis de Ciencia, Filosofía y Teología que se puede tolerar simultáneamente.

Con ese universo en su interior, quien quiera sobrevivir, necesitará encontrar un equilibrio, una solución a las contradicciones.

Y Don Mariano, paulatinamente, la encontró y supo difundirla. Supo interactuar con pensadores de muy alto nivel internacional, algunos de los cuales están aquí presentes, y fue madurando gradualmente una síntesis cuya visión global presenté, creo que por primera vez, como lección inaugural al año académico de 1996-97 y que titulé “La Mente del Universo”.

Preocupado, ya como sacerdote, por el impacto que la presunta incompatibilidad entre ciencia y fe podía tener en cristianos con un nivel de conocimientos menor que el suyo, escribió numerosos artículos clarificadores, libros de todos los niveles y terminó fundando el CRYF.

Esta convicción de que la ciencia y la fe son compatibles, y además, que una correcta relación entre ellas puede llegar a ser importante y fecunda para ambas, está en el fundamento del CRYF. La profundización y actualización de esas ideas iniciales, sumada a la aparición de nuevos problemas provocados por el desarrollo incesante de la ciencia, hacen que la tarea del grupo tenga una larga trayectoria por delante.

Pero la pregunta inicial se mantiene y podemos aumentar un poco su precisión: ¿se pueden compatibilizar ciencia, razón y fe en un plano puramente intelectual, es decir, situándonos como observadores externos al problema?

¿Se puede describir la riqueza y el significado de la vida solamente con la razón? O bien, ¿qué otra cosa haría falta para describirla?

Nuestra propia experiencia nos muestra que la vida se asemeja más al resultado de una conjunción de azar y necesidad, que al producto de una experiencia planificada por la razón. Los católicos pensamos además, que la gracia de Dios no es ajena a las relaciones que los hombres establecemos entre nosotros y con Dios mismo y, normalmente, intentamos reconocer en nuestras vidas la presencia de ese hilo invisible que suele encadenar muchas causas sin que haya otra conexión aparente.

Sabemos que en la vida los sucesos ocurren de una determinada manera y no de otra y que su dinámica siempre es más rica y compleja que cualquier representación que podamos formarnos sobre ella.

Una historia mínima

Contando con vuestra paciencia, me permitiré narrar al respecto una historia mínima, un ejemplo de la existencia de un hilo que unió una parte de mi vida a la Don Mariano y a la de Carlos Pérez García, otro de los miembros co-fundadores del CRYF.

Si debo elegir una causa entre todas, debo decir que mi presencia aquí se debe a mi amistad con Carlos Pérez García. Lo conocí hace 25 años en un congreso de Física, por pura casualidad, ya que ese año había muchos congresos de la especialidad y, solamente en ese congreso, había más de 150 investigadores participando.

Sin embargo terminé siendo amigo de uno sólo, de Carlos, y nuestra amistad comenzó intentando una cooperación científica, pero no quedó allí. Recuerdo que por entonces, además de la ciencia, yo estaba preocupado por algunos temas de la relación entre la ciencia y la fe. Una fe que había extraviado 20 años antes, junto a tantos otros como yo, que vivieron el famoso Mayo del 68 siendo estudiantes en una universidad.

Veinte años después intentaba recuperarla, pero todavía quedaban muchas cuestiones entre mi fe y mi ciencia que no podía resolver. Problemas que a lo mejor para otro cristiano son irrelevantes, pero que volvían permanentemente a mi cabeza. Cierta día,

comentando estos problemas con Carlos (que aparentemente no los tenía), mencionó a Don Mariano Artigas como un experto en el tema y esa fue la primera vez que escuché su nombre.

Yo trabajaba en Buenos Aires en un Instituto de Investigaciones y debido a la necesidad del pluriempleo en Argentina, también daba clases en algunas universidades de Buenos Aires y en San Luis, una ciudad a 800 km de distancia. Viajaba quincenalmente 12 horas en un autobús, un viaje largo y tedioso, pero muy adecuado para reflexionar largamente sobre estos temas. Los sábados tenía otras 9 horas sin actividad mientras esperaba la llegada del autobús de regreso. Tardes largas y vacías, pero también muy buenas para estas reflexiones. Sólo la misa vespertina en la catedral cortaba en dos mi tarde del sábado.

Recuerdo que una tarde, junto a la catedral, en una tienda de libros y objetos religiosos, dos libros llamaron mi atención: “Ciencia, Razón y Fe” y “Las Fronteras del Evolucionismo”, ambos escritos por Mariano Artigas. Recordé entonces que Carlos había mencionado su nombre y despertaron mi curiosidad. Le escribí a Carlos comentando lo que había visto y como respuesta, unos meses después, recibía esos dos libros de regalo. A partir de entonces se transformaron en mi lectura permanente de los sábados por la tarde y de mis viajes.

Pocos años después, Carlos me escribió con gran alegría comunicándome su designación como Director del Departamento de Física en la Universidad de Navarra. Entusiasmado, me decía que estaba todo por hacer y que me necesitaba. Su carta decía: necesito un físico con “perfil de fontanero” para montar una línea de investigación experimental, desde cero y sin recursos. Hay poca recompensa.

En ese momento yo estaba en Estados Unidos, y pensaba quedarme allí, pero el desafío me resultó interesante. Lo comenté con mi familia, y ya se sabe quien manda en una familia normal, mi esposa decidió por mí en la dirección correcta.

Con pocas esperanzas de ganarlo, me presenté a un concurso del Ministerio de Educación y Ciencia de España, intentando obtener un año sabático en Navarra. Pocos meses después, unas personas de un jurado tomaron una decisión y contra todo cálculo me lo otorgaron. Así llegué a Pamplona. Casi por casualidad.

Por otro lado Don Mariano, poco tiempo antes, también se había trasladado a Pamplona y Carlos me llevó a conocerlo. Allí le conté la historia de los viajes que hacían sus libros hasta el fondo de la pampa argentina, de dónde y cómo los había encontrado y de la importancia que tenían para mí. El no tenía ni idea de cómo sus libros podían haber llegado tan lejos.

Desde el principio Carlos y yo nos prometimos colaborar con él, siempre desde nuestra perspectiva de científicos, pero en mi caso no pasó de una conversación sin consecuencias. Teníamos mucho trabajo y yo me concentraba en mis tareas. Sabía que Don Mariano en ocasiones se reunía con Carlos, que salían de excursión y que conversaban sobre estos temas, pero no tenía ninguna idea concreta de lo que estaban haciendo.

Ahora lo sé, estaban poniendo las bases para fundar el CRYF, pero no creo que por entonces, ni siquiera ellos tuvieran conciencia de esto. Pasaron muchos años y circunstancias hasta que el CRYF se concretó como grupo, y debo aclarar que yo nunca tuve la menor intención de participar. Estando Carlos allí, consideraba mi presencia como superflua.

Pero hace dos años, un trágico domingo de julio, Carlos falleció en un accidente en la montaña durante una excursión. Don Mariano vino a su velatorio a celebrar una misa de cuerpo presente y al finalizar, me pidió que reemplazara a Carlos en el CRYF.

Recuerdo que, tratando de resistirme, le respondí – pero don Mariano, ..., qué puedo hacer yo allí, ... solamente ir y dar un testimonio ...-.

Él me miró seriamente y me dijo: – mira, no te preocupes, ... en estas reuniones procuramos ser muy concretos, así que lo único que me da temor, es justamente lo que me acabas de decir –.

Acepté y comencé a frecuentar las reuniones del CRYF, primero como colaborador y luego como miembro permanente. Y según lo había prometido, procuré no dar ningún testimonio.

Desgraciadamente, nuestra tarea en común duró sólo un año y medio ya que el 23 de diciembre pasado falleció don Mariano y con él, el último eslabón de esta cadena de sucesos que estoy contando. Yo sigo en el CRYF, gracias a la paciencia de mis compañeros, quienes, seguramente por otra conjunción de causas, me designaron director para completar el mandato de Don Mariano. ¿Por qué a mí, el último en llegar? ... No lo sé, ¿otra casualidad?, ¿para completar la transición? Pero esa es otra historia.

Y aquí estoy, reunido con vosotros en este acto que para mí, mucho más que un homenaje, es el reconocimiento profundo a la deuda que he contraído con él.

Podría enumerar una cantidad enorme de coincidencias, obstáculos, y decisiones de otras personas, que fueron esenciales para que yo esté hoy aquí. Un cálculo sencillo de probabilidades demostraría, que considerando sólo la influencia del azar, es más fácil ganar la lotería. Pero no quiero cansarlos y contaré sólo un hecho más. Con el tiempo supe que cuando Carlos era muy joven y comenzó a frecuentar un centro de la Obra en Barcelona, parece que Don Mariano fue su primer director espiritual. ¿Otra casualidad?... ¿La fuerza del destino?... ¿Cuál es el hilo conductor de estos acontecimientos encadenados, ¿es el Espíritu Santo?

Esta pequeña historia, casi intrascendente para quien no la vivió, nos permite apreciar que aprender a compatibilizar las ideas en nuestro intelecto es una tarea importante. Porque el intelecto nos permite conocer *aquello que las cosas son en sí mismas*. Pero vemos que eso no basta. Hace falta la experiencia de la fe para saber *aquello que las cosas y los acontecimientos significan, en relación con el plan de Dios*.

Con este discernimiento no se confunden los mensajes y la inteligencia puede vivir por encima de sus posibilidades. Eso es Pentecostés.

Entre Babel y Pentecostés no hay una diferencia de cultura ni de materia, hay la diferencia de un Espíritu, que está o que no está².

Don Mariano..., muchas gracias por todo lo que nos dio. Esperamos su intercesión e inspiración para seguir trabajando (... ¡y perdón, por no haberle hecho caso esta vez con lo del testimonio!).

² Miguel Flamarique. “Homilias para el ciclo C”. Deslee de Brower.